

# TEJIDOS EL BARATO LA UNION

## OTRA ATENCION MAS DEL MESON LA GRANJA

(Carretera de La Unión a Cartagena por Roche)  
PARQUE INFANTIL PARA SOLAZ Y DISFRUTE DE LOS PEQUEÑOS



Y no olvide nuestras sensacionales especialidades de conejo al ajillo y perdiz asada

Déjese de historias...

## SIEMPRE CARNICERIA LA GLORIA

José Antonio, 112-Tel. 560118-LA UNION

# A Z O R

## LA CERVEZA DEL SURESTE

## Pescadería Francisco Sánchez Cánovas

PESCADOS FRESCOS - MARISCOS

Plaza Mercado - Teléfono 560365 - LA UNION

## PONGA UN VANGUARD EN SU VIDA

Y DOS AÑOS DE GARANTIA

Distribuidor: RADIO HUERTAS - José Antonio, 115 - Teléfono 560307 - LA UNION

# CARTAGENA Y LA UNION, NUNCA SEPARADAS

Entre La Unión y Cartagena hoy, por obra de la técnica, no hay distancia. Pero esa carretera, angosta, asfaltada —que está pidiendo una ampliación a gritos, por ser la general de Alicante y estar sobrecargada de tráfico, incluido el movimiento de vehículos para el admirable complejo industrial del Valle de Escombres— otrora fue, con su polvo y su tierra, pisoteada por los cascos de las caballerías enganchadas en carros y tartanas. Los casi diez kilómetros eran separación. Pero La Unión y Cartagena nunca han estado separadas. Siempre han estado abrazadas por algo que ha sido superior a los convencionalismos de las delimitaciones municipales. Los hombres de la antigüedad consideraron un todo esas no muy pronunciadas elevaciones de la sierra, en cuyas entrañas estaba —y sigue estando, por fortuna— el rico mineral, cantado por tantas tarantas mineras o cartageneras.

Cartagena y La Unión fueron un todo. Y siguen siendo un rincón suresteño, con vértice en Cabo de Palos que quiere fisgonear en el tranquilo Mediterráneo con su faro. Y esas reminiscencias que dan, marcan el ritmo del latir de dos ciudades, que tienen su impronta personal pero muchas cosas comunes. Porque Cartagena siempre está con La Unión y La Unión siempre está con Cartagena.

Cartagena estará, dentro de unos días —y nos referimos a algo simplemente emotivo y accidental— en el Festival del Cante de las Minas unionenses. Una muestra del folklore típico, peculiar, irrefutable, de esta comarca tan estrechamente unida por el sudor del trabajo de los hombres en el transcurso de los siglos, arañando los tesoros que esconde la tierra.

Y lo está también en la representación del trovo —algo genuino, metido en las entretejas de hombres que repentinamente con musas de alas de batir supersónico, empleando vocablos modernos— que ha abrazado siempre a La Unión y Cartagena. Y podemos citar trovos, como éste, del genial Marín:

*"Puesto que plomo y galena forman unión en La Unión, no concibo a Cartagena ni a Murcia, de flores llena, riñendo en la oposición".*

Y siguiendo con la espectacular, simpática y sabrosa diatriba del trovo, recogemos una muestra más, de una contienda entre Castillo y Marín, plasmada en el libro de Angel Roca.

«Y hubo una despedida —no cabía que fuese de otro modo— bordada en afectuosos pareados:

*Castillo:  
En Cartagena te espero  
con tu aliada la Musa.  
Marín:  
Y antes de fin de febrero,  
yo en La Unión, sin más excusas".*

A mí, personalmente, La Unión siempre me ha parecido Cartagena. Y Cartagena, La Unión. Y, por si faltara algo, hasta el Registro de la Propiedad, una mecánica para refrendar las propiedades frente a terceros, tiene una singularidad que delata ese abrazo jurídico que viene a corroborar la unidad de los hombres y las tierras de esta pequeña parcela venida a más por sus encantos naturales, a impulsos del avasallador turismo. Porque el Registro de la Propiedad de La Unión es el refrendo de las titularidades de gran parte del término municipal cartagenero: Los Nietos, Cabo de Palos, La Manga, el Mar Menor, en suma, están ahí, en sus libros, en plena calle principal unionense, cuando pertenecen a Cartagena. Este hecho demuestra que la identificación no es cuento que nos estamos inventando ahora, sino que Cartagena y La Unión están uni-



El alcalde de Cartagena entrega el "Laurel" concedido al Festival del Cante de las Minas de La Unión.

das, además de por los vínculos naturales, por un hecho jurídico.

Pero yo no quiero profundizar más en este intercambio fraternal de La Unión y Cartagena que tienen como padre común el sol y el clima, y como una misma madre la Naturaleza en sus tierras y sus minas. Quiero hoy, de-

jar sentado que ambos municipios se entienden, se quieren y comparten sus problemas, sus alegrías y sus tristezas. Y por eso, no me extraña nada que los dos alcaldes, las dos primeras autoridades municipales, los hombres que simbolizan los sentires de La Unión y Cartagena, se fundan en un es-

trecho abrazo a la hora de la entrega de un galardón, verificada en Murcia; un laurel que premia a la laboriosa La Unión, eminera y cantadora, y que pone en sus manos el alcalde de Cartagena, en un acto entre hermanos del entrañable Sureste.

JOSE MONERRI

## IMPROVISADO "HOGAR DEL PENSIONISTA" EN LA PLAZA DE CALVO SOTELO

### UNA COTIDIANA REUNION DE ROSTROS ARRUGADOS CON CORAZON DE DIAMANTE

¿Quiere usted recibir un saludo espontáneamente dulce?, ¿un «buenas tardes» agradecido y visiblemente curioso?

Tal vez haya transitado muchas veces por la plaza de Calvo Sotelo, en La Unión, sin reparar en ello, pero lo cierto es que en su mismo centro, en uno de los cuatro bancos de piedra que circundan la fuente, suele ubicarse un grupo de viejos trabajadores, ya jubilados de cuyas cansadas voces, todavía lozanas para emitir la limpieza de un deseo, oír ese «Vaya usted con Dios» con que largamente corresponden a su escueto y descuidado «buenas...».

Allí, en la «Glorieta de don Enrique», junto al nervioso corretear de los niños; entre los «Pepe no corras!» de sus mamás; al lado de los bisbisos y amartillamientos novieros... un grupo de hombres que un día correataron y jugaron nerviosamente; que un día también galantearon —aunque con mucha menos libertad que ahora—; que, más tarde, cuidaron de sus hijos, trabajaron para ellos; y que, un día, el de hoy, tienen su reserva de banco en la Glorieta. Parco y tranquilo premio a una bien ganada jubilación.

Hasta ellos llegamos, eran el objetivo providencialmente pensado porque nosotros hemos recibido ese cariñoso y respetuoso saludo casi a diario. Se extrañaron un poco de la idea. «¿Para el periódico?».

—Para lo que sea. Si ustedes no tienen inconveniente lo que yo

quiero es estar unos minutos en su compañía.

Y allí estuve... eso, unos minutos. El grupo es dispar con un denominador común, el que configuran las arrugas de sus rostros.

—Aquí estamos... donde siempre. ¿Oiga, usted no sabe nada de ese hogar del jubilado que dicen van a poner?

—Algo he oído. Pero ya sabe que esas cosas van despacio.

Se quedaron pensativos, tal vez diciéndose para sus adentros que no están en disposición de aguardar mucho para ver hecho realidad ese Hogar. Pensarían, quizá, que el dicho de «las cosas de pacacio van despacio» no está acorde con su natural capacidad de aguante. Por fin, uno dice:

—Pues ya ve, mientras tanto aquí no lo pasamos mal. En invierno venimos a la tertulia más temprana.

Sus edades oscilan entre los 70 y 80 años. Hay un empleado municipal con cara de militar retirado, un mecánico, un repartidor de fruta y... silicóticos. Lo dan las minas. Hablan como no, de tiempos pasados.

—Entonces si que estaban difíciles las cosas. Aunque ahora muchos pensionistas no podemos vivir.

—¿Que me lo digan a mí! —tercio el repartidor de frutas—, si no fuese por lo que me manda mi hijo de Barcelona, a ver qué hacía con 1.300 mensuales.

No hablan en plan lacrimógeno. Tampoco hay rencor o envidia en su tono. Simplemente comentan. No pude evitar un recuerdo hacia mi madre a la que, desde niño, oigo decir que las personas que más le gustan son los ancianos y los niños. Aquellos porque han destilado de su espíritu todos esos bichillos ensoberbecidos que suelen anidar en el género humano; los niños porque... no hay ninguno feo. La inocencia limpia limpiísima de su mirada es iguala a todo en belleza.

Los viejos de la Glorieta comienzan con desparpajo. Lo que más les llama la atención es la felicidad actual para «El galanteo». Y se alegran de que los tiempos hayan cambiado, en que haya evidentes signos de bienestar aunque ellos, porque el mundo está así, no puedan disfrutarlo; porque sus

pensiones no se lo permiten.

Y en este punto se me berraron todas las ideas preconcebidas que portaban a mi charla con la tertulia cotidiana de la Glorieta de don Enrique, perdón, la plaza de Calvo Sotelo que fue cuando fue inaugurada, en su nueva versión con fuente incluida, allí por el mes de diciembre de 1961, pocos de los allí presentes entonces, tal vez estos mismos jubilados se encontrarán aquel domingo, suspensos hace once años que uno o dos bancos de piedra, al resguardo de los rosales servirían de improvisado «Hogar del Jubilado».

Ya no sé siquiera lo que los retirados hablaban. Unicamente incidía en la idea noble que habían trasladado a mi ocupadísimo plan de vida. Se alegraban de un bienestar material que ellos no disfrutaban pero que habían hecho posible.

Me sentía extraño y, desde luego, disminuido entre aquellos cinco hombres. Entre el silicótico, don José, que se cuida, que ayuda a su esposa en los menesteres caseros y que no se toma ningún asistático porque tiene conciencia del deber de no acelerar el proceso de su enfermedad profesional. Me fijé con más atención aún en el reparador de frutas, y en el más grueso del grupo; y el otro silicótico que escondía su mirada tras negras gafas que aleró su semblante cuando apareció su nietecillo; y en el empleado municipal, cordobés el con cara y bigote de coronel retirado.

Hasta aquel momento llevaba la idea de transmitir a los lectores una vivencia curiosa y anecdótica, también simpática. Pero se me terminó la curiosidad y la anecdota; disminuyó la simpatía al tiempo que crecía el afecto, que es algo más profundo que la mera simpatía.

Muchas veces hemos pasado casi rozándonos con la chaqueta, pero, sin reparar en ellos, en lo que suponen. Es más, hace años quizá que teníamos forjado nuestro criterio en estos hombres y tantos otros que viven placidamente sus últimos años y a los que podemos haber mirado como seres rancios y fosilizados. «Porque son personas tranquilas, mansas y esta vida hay que vivirla a todo gas, echando fuego». «Porque hay muchas cosas que arreglar —no siempre buenas cosas—, el mundo nos urge y me estorba la tranquilidad por sistema».

Yo quería contarles algo simpático y, al final, les voy a contar que este grupo de ancianos, sin proponérselo, me hicieron pen-

(Continúa en pág. 21)